



73

Joaquín Menacho

**«PARA QUE APAREZCA
LA DIVINIDAD QUE TRABAJA
EN NOSOTROS»**

**Recopilación de textos
de Josep M. Pañella**

**«PARA QUE APAREZCA LA DIVINIDAD
QUE TRABAJA EN NOSOTROS»**

RECOPILACIÓN DE TEXTOS DE JOSEP M. PAÑELLA

Joaquín Menacho

PRÓLOGO (<i>de Teresa Forcades</i>)	3
INTRODUCCIÓN	5
1. UNA MIRADA SITUADA	9
2. UN ANÁLISIS TRANSFORMADOR	13
3. UNA FUENTE MÍSTICA	21
4. CONCLUSIÓN	29

Josep M. Pañella Mora, sj., párroco durante varios años en la Parroquia de Sant Pere Claver del Poble Sec (Barcelona), fue uno de los impulsores de *Arrels Fundació*, entidad dedicada a la atención de personas sin hogar. Posteriormente, fue destinado a la Parroquia Mare de Déu de Bellvitge (Hospitalet de Llobregat), donde participó en la creación de la *Fundació La Vinya*. Escribió «*Acercándose a los excluidos*», un texto inédito que está en la base de este cuaderno.

Joaquín Menacho Solá-Morales, profesor asociado Instituto Químico de Sarriá (IQS). Colaborador del grupo LACS (Laboratorio de Análisis y Crítica Social). Fue director adjunto de Cristianisme i Justícia. Ha publicado en la colección Cuadernos *El reto de la tierra. Ecología y justicia en el s. XXI*, (Cuaderno 89) y *¿El cielo puede esperar?* (Cuaderno 119). Es miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

Este cuaderno cuenta con la colaboración de la *Direcció General d'Afers Religiosos del Departament de Governació i Relacions Institucionals*



Generalitat de Catalunya
**Departament de Governació
i Relacions Institucionals**

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 8.900-2014
ISBN: 978-84-9730-334-7- ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558
Abril 2014

Traducción del catalán: Jordi Font Barris
Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran
Maquetación: Pilar Rubio Tugas

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

Josep M. Pañella fue el primero que me habló de Jesús de una manera que me afectó. Entonces tenía tan solo quince años. En el contexto de un retiro escolar de fin de semana, Josep M. nos propuso la lectura solitaria y silenciosa durante más de dos horas de diversas citas de los evangelios; como buen discípulo de san Ignacio, añadió la indicación de que en el momento en que sintiésemos que el texto nos afectaba personalmente, nos detuviésemos y simplemente nos quedásemos en silencio, sintiendo, escuchando.

Fue también él quien me dejó el primer libro de teología que leí: *Jesucristo liberador*, de Leonardo Boff. Todavía recuerdo la tapa que era roja y tenía en el centro una reja negra que se rompía. Me explicó de forma sencilla su vocación: un día, cuando era adolescente, se miró las manos, extendidas delante de él, vacías, y comprendió que Dios le llamaba a ponerlas al servicio de los otros.

En la parroquia de sant Pere Claver del Poble Sec (Barcelona), con él primero como vicario y después como párroco, experimenté durante más de diez años el inmenso gozo de compartir la fe en comunidad. Este descubrimiento me dejó convencida de que hemos sido creados para amarnos los unos a los otros tal como Jesús nos ha amado, es decir, del todo y sin condiciones; o como dice san Benito: soportándonos mutuamente las heridas, tanto físicas como morales, hasta que Dios nos lleve juntos hacia la vida eterna (Regla Benedictina, cap. 72).

Josep M. murió de repente el día 3 de septiembre de 2009, por la mañana. El fragmento del evangelio correspondiente a ese día contiene la frase que marcó su ordenación sacerdotal. Como mínimo, es la frase que me enseñó escrita en mayúsculas encima de una foto con otros cuatro o cinco compañeros jesuitas y con el mar al fondo. La frase era «de aquí en adelante, os haré pescadores de hombres» (Lc 5,10). Recuerdo que esta frase no me entusiasmó demasiado: «Es lo contrario de Boff, ¿en lugar de liberar los hombres, los queréis meter en una red?». Pero no, es lo contrario, me dije. Y lo demostró de la única manera que se puede demostrar: creando a su alrededor allá por donde pasaba, espacios de solidaridad donde los excluidos eran reconocidos como predilectos de Dios y sacramento de su presencia.

Teresa Forcades o.s.b

Josep M. Pañella no fue famoso, pero fue importante para mucha gente. Su repentina muerte nos dejó, a quienes lo conocimos, con aquella especie de perplejidad que no entiende cómo el mundo puede seguir dando vueltas sin personas como él.

Su vida y su obra han impactado a muchos. Jesuita, vivió desde 1973 hasta 1997 en el barrio del Poble Sec de Barcelona, cerca del puerto y Ciutat Vella, atendiendo la parroquia de Sant Pere Claver, desde donde impulsó la creación de la actual *Arrels Fundació*, dedicada a la atención de las personas sin hogar. Solamente este servicio ya merece el recuerdo y el reconocimiento, y justifica la edición de este cuaderno. Pero creemos que no sólo se trata de esto. La vida de una persona que, a pesar de su modestia, deja tras de sí una estela tan significativa nos conduce de inmediato a cuestionarnos por las fuentes en las que bebió, por sus referentes y por el origen de tanta energía entregada. En estas páginas nos gustaría poder aportar algunas pistas para la respuesta.

Nos hubiese gustado intentar aquí algo parecido a una «semblanza espiritual», pero creíamos que no disponíamos de la conveniente perspectiva para llevarlo a cabo. Lo que ha llegado a nuestras manos es un escrito suyo titulado «Apropant-me als exclosos» (Acercándome a los excluidos) y subtítulo «Reflexions sobre l'exclusió i la injustícia» (Reflexiones sobre la exclusión y la injusticia), fechado en 1999, y en el cual se recoge toda una reflexión sobre el trabajo con los excluidos, visto desde la perspectiva ya madura de muchos años de trabajo.

«Acercándome a los excluidos» es un escrito de 170 páginas en el cual J. M. Pañella recopila, ordena y articula su pensamiento. Él mismo lo presenta así, en el prólogo:

Pienso que, de hecho, nunca he dejado de reflexionar. Pero siempre ha sido «sobre la marcha», intentando resolver lo que la cotidianidad iba planteando. [...] Ahora, mientras vivo este curso sabático (1997-98) y durante el invierno siguiente (1998-99) inevitablemente me ha surgido la necesidad de expresar alguna cosa de todo lo que he vivido estos años anteriores. Dispongo de tiempo, de tranquilidad y de lecturas sugerentes para que haya brotado en mí la necesidad casi imperiosa de reflexionar de forma global, de transcribir un acopio de vivencias y de intentar planteamientos de futuro, para mí y para el mundo de la marginación (pág. 1).

El escrito, tras una breve presentación, empieza con una primera parte de introducción y fundamentación. El resto del escrito desarrolla la exposición con una estructura de ver-juzgar-actuar, según sus títulos: la exclusión social; causas y responsabilidades; la respuesta: caminos de futuro. La primera parte de introducción presenta los puntos de partida de la reflexión, desarrollada en los capítulos posteriores, bajo los siguientes epígrafes: 1) introducción; 2) la realidad social de nuestro mundo; 3) punto de partida personal; 4) fundamentación bíblica; 5) fe y teología de la historia; 6) conclusión. Como se puede ver ya desde el principio, el escrito no pretende llevar a cabo un estudio académico, encuadrable en ninguna disciplina, sino que recurre a la superposición de múltiples puntos de vista que no se niegan entre sí sino que se complementan. Así pues, se trata de un escrito hecho «a pelo», con la honesta desnudez del pensa-

miento que no pretende otra cosa que entenderse y explicarse para poder orientar el camino. Es un pensamiento «pobre y débil» si lo miramos desde un punto de vista convencional; pero se puede ver su fuerza y grandeza si nos lo miramos desde su intento globalizador y su voluntad transformadora. En las antípodas de un discurso erudito, se trata de una confesión que apunta a aquello fundamental con toda la precisión y clarividencia de un espíritu profético.

En esta recopilación hemos pretendido seleccionar algunos rasgos que aparecen como fundamentales en los escritos de J. M. Pañella y que bien podrían configurar la estructura de una espiritualidad. No sabemos si el autor de aquellas páginas añadiría, subrayaría o corregiría algunas cosas. Ciertamente, el escrito no estaba pensado, al menos en la forma en que nos ha llegado, para ser publicado. Su estilo es circular, de modo que las ideas principales aparecen desde el principio y se van desarrollando progresivamente, entretejiéndose y formando una visión global. Lo que hemos hecho, pues, es recopilar algunos fragmentos, ordenándolos según una estructura que creemos puede representar una manera de entender lo que Pañella quiso expresar y que marca una forma de entender y de vivir el Evangelio de Jesús. Por otro lado, la falta de academicismo de los textos resulta ser una ayuda para captar el mensaje que se quiere transmitir con toda su fuerza testimonial y, por tanto, transformadora.

Finalmente hay que decir que J. M. Pañella es uno más de toda una generación de religiosos (y también de sacerdotes seculares y de laicos) que, en

Barcelona como en muchos otros lugares del mundo, quiso enfocar su vida religiosa hacia la solidaridad con los más pobres de nuestras ciudades acomodadas. Representan un movimiento, nada organizado pero sí real, que está en una cierta continuidad y que a su vez se diferencia de movimientos como la «misión obrera» o la teología de la liberación, tanto por el contexto en el que se desarrolla como por la perspectiva que adopta. Josep M. Pañella, como otros dentro de este movimiento, hizo un viaje hacia «los márgenes» de la sociedad bien establecida y desde allí quiso releer el evangelio. Y en este viaje utilizó un equipaje variado, en el que se mezclan cosas de siempre con cosas nuevas, ideales luminosos y realizaciones novedosas, ideas sencillas e intuiciones místicas. Quizás es así como está construido su discurso, de manera parecida a los

carritos que empujan los hombres y las mujeres sin hogar, que recogen aquí y allá lo que consideramos andróminas, reciclando todo de un modo que nos puede parecer incomprensible. También el pensamiento que se desarrolla a continuación está hecho de mil referencias implícitas o explícitas, que han sido reunidas, recicladas y combinadas para dar vestido a un espíritu que se percibe fuerte, coherente, apasionado y vital. Este espíritu es el que queremos dejar hablar en las próximas páginas, para que siga animando a los que se han comprometido en las fronteras de la marginación, y también para que su palabra suene como un testimonio profético, revelador e inspirador. Esperamos no haberlo hecho muy mal.

Joaquín Menacho

1. UNA MIRADA SITUADA

Pañella no es un hombre en búsqueda, sino un hombre comprometido. Ha elegido su lugar en el mundo y su mirada está marcada por este compromiso: compromiso con una fe y compromiso con quienes viven en los márgenes de la ciudad. Este lugar es su punto de vista y una clave primera de interpretación de todas las cosas, una perspectiva que, como veremos, resulta reveladora del mundo y de Dios. La situación de la mirada es el marco de referencia de su espiritualidad.

1.1. Una espiritualidad conmovida por el sufrimiento de las personas

Éste es un primer rasgo de la espiritualidad de J. M. Pañella. Se trata de una espiritualidad «de ojos abiertos», movida y conmovida por la visión del sufrimiento de las personas. Éste es el punto de referencia constante y principal.

Hay una realidad que «me constituye», como un referente permanente y esencial: la realidad de la pobreza y del sufrimiento de la humanidad. No puedo «estar» al margen de esto: dos

tercios de la humanidad pasa hambre, 250 millones de niños trabajan, en vez de estudiar y jugar... ¡No puedo vivir prescindiendo de esta realidad! Repito, «me constituye». Yo «soy esto», también. Llevo atado a mí este enorme peso. Puedo cerrar los ojos e ignorarlo: seré un inconsciente. Puedo hacer ver que no lo sé: seré mentiroso. Puedo sublimarlo: seré un cínico. Me puedo obsesionar hacia otros intereses, muy santos y justos, pero entonces seré un alienado, seré un no-hombre, no seré de esta humanidad... Porque «esta humanidad» es así, vive y sufre así (p. 16).

Tan principal es esto que su contrario puede definir el mal:

La malicia del sistema [que excluye] está en que olvida, o peor, ni le preocupa ni le interesa, el sufrimiento humano que genera (p. 102).

Por esto es importante no ser ciego a esta realidad, no dormirla o disimularla. De aquí proviene una fuerte negativa a explicar o «integrar» el mal y el sufrimiento.

En una primera aproximación, recojo y subrayo que el mal, el sufrimiento y la injusticia que sufre tanta humanidad es (nos aparece como) sorprendente, no tendría que ser, no tiene sentido, no encaja... y, por esta razón, es inexplicable. No es adecuado pretender «bataallar contra el mal» con explicaciones, razonamientos, palabras... ya que supondría otorgarle cierta razón de ser, cierta justificación. Jesús no pretende ni intenta nunca dar explicaciones. Jesús enfrenta el mal, lucha contra él. Lo que Jesús hace es ponerse al lado de las víctimas, de los que sufren el mal: son los destinatarios de la Buena Noticia. A causa de este ponerse al lado, Él también será víctima del mal y acabará en la cruz (p. 17).

Éste no es sólo un rasgo del pensamiento, sino que también es el motor de la actividad de la persona:

Sólo seremos capaces de vivir una solidaridad positiva [...], sólo nos sacrificaremos, si no «sufrimos» que otros sufran (p. 135).

El dolor que se siente por el sufrimiento de los demás, sin embargo, no

ha de ser un dolor ciego y desesperado, sino que tiene que estar referido a una instancia superior de misericordia.

Tengo la impresión que de hecho todo este escrito, desde la primera letra hasta la última, no tiene sentido ni podrá tener efectividad, si no es contando con la entraña conmovida: que la realidad de la exclusión, que tiene rostros concretos, nos haga daño —incluso físicamente hablando— y que el efecto de este dolor sea generar en nosotros entrañas de misericordia (no sólo de indignación o irritación contra unos «supuestos» culpables). A partir de aquí, y velando para que nunca desaparezca la entraña de misericordia (amor, ternura, conmoción) hacia los que sufren, empezar a aplicar la inteligencia y los mecanismos de que dispone nuestro mundo de hoy (p. 112).

1.2. La contraposición de la lógica de Dios y la lógica del mercado: fraternidad frente a autoafirmación

Una segunda constante es la contraposición de la «lógica de Dios», «la manera de hacer de Dios» frente a una lógica contraria a él, la lógica de la autoafirmación, que se personifica en «las leyes del mercado». La lógica de Dios se describe bajo la analogía de las relaciones familiares, fraternas, y Pañella la caracteriza por la igualdad de todas las personas.

[En el antiguo Israel] Arrancando del modelo de la ética familiar, el esfuerzo se centrará en construir una sociedad que sea igualitaria. El motor de este

esfuerzo es la convicción de que la tendencia de Yahvé, la «lógica de Dios», es igualar, suprimir desigualdades. Por lo tanto, hay que retener claramente que el problema que se quiere resolver no es la pobreza, sino la desigualdad establecida entre las personas. Cuando el código del Deuteronomio (Dt 12-26) diseña una política para «eliminar» la pobreza y la marginación, no pretende simple y primariamente «asistir» a los pobres en su necesidad, posibilitar su subsistencia. Proponerse este objetivo sería dar por bueno el estado de pobreza, nacido de la desigualdad. La línea de fondo de toda la Escritura es que todos somos iguales, miembros de una misma familia, el Pueblo de Dios (p. 23).

La identificación con la lógica de Dios es el punto decisivo y el objetivo de la vida espiritual.

Es importante captar, comprender, hacernos propia esta lógica, porque «creer en Dios» es confiar en Dios y en su lógica, es adherirse a ella. En esto consiste el «ser creyente»: tener la «lógica de Dios» como «lógica» del sentir, pensar y actuar humanos (p. 22).

Esta lógica se lleva a cabo de manera ejemplar en la vida y testimonio de Jesús de Nazaret.

En Jesús se realiza la forma de vivir la vida humana tal y como Dios «la entiende y la vive» (p. 24).

La contraposición entre dos orientaciones fundamentales es un tema constante de la espiritualidad: los dos caminos ante los cuales se sitúa la libertad de la persona. Pañella sitúa este cruce fundamental en la opción por dos estilos de vida, por dos maneras de entender las cosas, que conducen a direcciones opuestas: igualdad y fraternidad, o bien codicia y dominio. Toda la realidad se interpreta desde esta opción fundamental, y esto se hace a todos los niveles: la interioridad, las opciones y los estilos de vida, la organización social... quedan igualmente configuradas por esta elección fundamental.

* * *

Pañella no habla de ello, pero podríamos ver en estos dos temas recurrentes y transversales (la identificación con el dolor de los excluidos y la contraposición de opciones fundamentales) una plasmación concreta de los temas de la llamada del rey eterno y las dos banderas de los ejercicios ignacianos. La opción fundamental, de finalidad y de camino, que ilumina todo lo demás.

2. UN ANÁLISIS TRANSFORMADOR

Desde este punto de vista, comprometido con la suerte de los excluidos y situado respecto a una disyuntiva básica entre la dinámica de la igualdad y la del dominio entre las personas, la mirada de Pañella es activa y transformadora.

Su cuestionamiento de la realidad gira en torno a la opción por los excluidos, intentando encontrar la manera de reducir su dolor y de poner remedio a sus causas. Pero no es una mirada especializada, sino que mira la realidad global de las personas y de la sociedad y sus conflictos.

2.1. Una antropología relacional

De un modo muy radical, para J. M. Pañella la persona humana se constituye en relación con otros. Por esto la marginación es una situación propia y directamente in-humana.

Insisto en el tema de las relaciones rotas como una de las causas de la marginación [...]. En esta ruptura no sólo

se tiene que considerar el efecto más inmediato o aparente de la desconexión con los demás: falta de diálogo, etc. Cuando decimos que la persona «es un ser relacional» queremos decir que la relación la constituye, forma parte de su ser. Sin relación, la persona no es. La persona es relación. La persona es un nudo de relaciones. Al romper las relaciones, el nudo queda sin función, sin entidad, sin razón de ser. Es una realidad absurda, frustrada, inútil.

«Las relaciones rotas» no es sólo un rasgo descriptivo del «estado» de marginación. La ruptura de relaciones afecta al núcleo de la persona. Afecta al «ser de la persona». Dificilmente podremos entender al marginado si no nos damos cuenta de que, al romperse

las relaciones, se ha roto su núcleo (p. 104).

Esta vocación a la relación interpersonal se correlaciona con una cierta pobreza esencial del individuo, que no puede ser él mismo sin el otro. Incluso en la muerte individual se manifiesta esta realidad esencialmente llamada a la relación.

Entendida la persona como un ser llamado a la relación total y profunda, es una suerte que llegue un momento, en nuestra trayectoria vital, que ya no tenemos fuerzas para mantenernos orgullosamente por, o desde, nosotros mismos. Un momento, el de la muerte, en el cual entregamos nuestra última fuerza, y nos abandonamos a la fuerza de amor de Otro que, en su amor inmenso, nos abraza y nos acoge. Que llegamos a la máxima expresión de pobreza de no poder ni tener la más mínima fuerza por aguantar de pie nuestra vida, que experimentamos profundamente que nosotros mismos no nos sostenemos, sino que nos sostienen (p. 124).

Esta manera de entender el modo de ser de la persona es probablemente fruto de su experiencia de trato con muchas personas pero de forma especial con los excluidos. Se trata, de hecho, de una de las intuiciones fundamentales del *Centre Obert d'Arrels* que promovió: la construcción de relaciones interpersonales es la herramienta básica del trabajo de recuperación humana de las personas sin hogar. Pero esta evidencia, aprendida entre los excluidos, es una verdad general que abarca a todo el mundo y es una de las ideas omnipresentes en su pensamiento.

2.2. El sistema excluyente (pecado estructural)

El análisis de la sociedad se centra en la realidad de la exclusión, que no es un accidente inevitable, sino la consecuencia de un sistema que excluye, de una estructura de pecado.

El modelo neoliberal tiene como indiscutible que todo tiene que girar en torno a la idea de progreso. Y un progreso infinito en recursos y hacia el futuro. La lucha de cada día se establece en el intento individual de ser de los que ejercen este «derecho» de estar por encima. [...] A microescala conduce a una gran dureza y a una grave violencia en las relaciones interpersonales, a un gran olvido de la situación de aquellos que conviven con nosotros. A macroescala, buscando la prepotencia y como consecuencia de las desigualdades sociales, conduce a la generalización de los conflictos.

En el corazón de la persona dominan visiones, arquetipos y emociones que conducen a la exclusión y la violencia. El progreso de nuestro mundo (tecnología, informática...) ha generado una subjetividad colectiva asentada en el poder, el estatus, la apariencia y una precaria comunicación de los unos con los otros (p. 122).

El pecado estructurado así, nace de una visión desorientada (el afán de «progreso») movida por una pasión ciega «de estar por encima» que es directamente contraria a la igualdad fraterna. Esto produce una tal distorsión en el núcleo relacional de las personas (una «violencia en las relaciones interpersonales» y un «olvido» de los demás), que

se difunde hacia fuera de la persona individual (desigualdades sociales y conflictos generalizados) y hacia dentro de ella (valoración personal por el poder y el estatus, y comunicación empobrecida). De la desorientación original causada por la ceguera de la pasión (la «vanagloria» y la «soberbia» de los Ejercicios Espirituales, EE 142) se sigue la desestructuración del mundo humano externo e interno.

En el extremo de este panorama social, el marginado es empujado en una dinámica centrífuga que lo conduce a una exclusión creciente.

Obtener, con carácter de urgencia, el dinero necesario para vivir y sobrevivir se convierte en el motor de la actividad diaria en el mundo de la exclusión. Estas ansias de dinero, convertidas en objetivo principal, y prácticamente único, del vivir, y no teniendo la forma fácil y adecuada de acceso, conducen a la pendiente de buscar cualquier forma de obtenerlo. Fácilmente aparece la mendicidad, el engaño o la delincuencia. El desbarajuste de la vida conduce, a menudo, al excluido a convertirse en delincuente (p. 109).

Junto con la ruptura con la sociedad, hay una ruptura interior de la persona. La pérdida de la referencia a los demás lo sumerge en la anomia.

El excluido tiene la profunda convicción de que su vida está bloqueada, que para él no hay futuro, no hay camino. [...] Este «no tener futuro» se convierte en el nervio estructurador de la vivencia de la exclusión. [...] Este bloqueo va acompañado de una fuer-

te dosis de reflexión. El excluido cavila su situación. Pero es una reflexión sin parámetros, sin interlocutores, sin elementos de contraste. Se agudiza el espíritu crítico. Crítica generalizada contra todo y contra todos, pero sobre todo contra él mismo. El sentido de culpabilización hacia uno mismo tiene un fuerte acento: se siente culpable de su suerte (p. 111).

Y esta situación de destrucción de la humanidad del excluido no es simplemente un accidente del sistema, sino una consecuencia directa de la lógica de la desigualdad, de la no-fraternidad.

[...] El Cuarto Mundo es una especie de subproducto del Primero. El Cuarto Mundo está formado por aquellas personas que no son «útiles» al sistema. En su dinamismo actual el Primer Mundo no tiene como primer valor la persona humana: su valor máximo es el «mercado». Es «digno de consideración» el que es útil para la dinámica de producción-consumo. Quien no encaja en esta dinámica, «queda fuera», no interesa. [...] Dicho de otro modo: el Primer Mundo es una «gran máquina» que además del producto que interesa, genera un «subproducto»: la persistente marginación de muchas personas. Debido a su funcionamiento acelerado, no sólo no estamos en camino de disminuir la marginación generada, sino todo lo contrario: la perspectiva es el aumento, en extensión e intensidad, del mundo de los excluidos (p. 133).

Esta «gran máquina», sin embargo, se fundamenta en un trágico error que queda oculto tras una brillante ilusión.

El sueño de un crecimiento ilimitado ha provocado el subdesarrollo de dos tercios de la humanidad, ha generado la infrahumanidad de grandes bolsas crecientes de marginados. Sólo los más fuertes, hábiles, espabilados, dispuestos a todo, bien situados y relacionados, pueden sobrevivir. [...] Han desaparecido del horizonte valores y bienes, como por ejemplo la armonía, el equilibrio, la moderación, la justicia, la sencillez, la cordialidad, la austeridad, la convivencia, la proporción, el respeto, la ternura, la discreción, la ecuanimidad, la generosidad... Seguir así será posible... mientras no explote todo. Esta comprensión y este ritmo no pueden ser eternos. [...] Esta civilización está generando su propio fin: tardará más o menos, pero llegará. [...] Mientras dura, hasta que llegue su fin, está generando dolor y destrucción, progresivamente agudizados, en un número creciente de personas (p. 90).

Este tipo de engaño y desorientación se mantiene socialmente, de modo interesado, y se realimenta a sí mismo.

Los grandes medios de comunicación, en estrecha interacción con los intereses económicos predominantes, contribuyen a la difusión de un cierto «pensamiento único», según el cual sólo es posible el modelo de crecimiento vigente hoy en día, apuntalado en el uso intensivo del capital, la intensa asimilación tecnológica, la subordinación incuestionable a las leyes y dinámicas del mercado. Supone también [...] la destrucción de los derechos sociales. No incorpora en sus

valoraciones los intereses del conjunto de la población (p. 92).

Las consecuencias de esta forma de hacer se dejan ver en la humanidad y también en sus efectos sobre la naturaleza. Como un primer criterio de discernimiento («por sus frutos los conoceréis»), la destrucción del medio natural puede llevar a desenmascarar la malicia de nuestra forma de vivir.

Los niveles de vida del Primer Mundo son posibles porque nos hemos lanzado a un consumo sin medida que comporta un desgaste de recursos que ahora tiene un ritmo insostenible; [este ritmo de consumo] no se puede plantear para toda la humanidad. Las posibilidades de la tierra son limitadas, no lo soportarían. Pero no es que la tierra sea pobre, sino que hay un abuso por parte del primer mundo. Hay que encontrar el dinamismo de un desarrollo sostenible. Pero, que a su vez, sea desarrollo para todo el mundo (p. 135).

La «austeridad solidaria» es la propuesta alternativa que Pañella piensa como vía contraria a la lógica del mercado.

Por esta razón [la necesidad de un desarrollo sostenible y para todo el mundo] pienso que hay que hablar de «austeridad solidaria». [...] El deseo, profundo y serio, de que todo el mundo viva nos puede conducir a una austeridad con sentido: la austeridad por solidaridad. No hablamos, por lo tanto, de la austeridad como valor por sí misma. Ésta es una exigencia que puede nacer de una opción personal y que siempre tendrá sentido si entra en la

mística de la persona. La austeridad que de algún modo se nos puede exigir a todos es la que viene motivada por razones de solidaridad (p. 135).

Esta alternativa es estrictamente necesaria desde de un punto de vista moral y espiritual.

Creo que es bien clara la necesidad de un nuevo diseño de sociedad. Nos hace falta un esfuerzo realista, posibilista, que tienda a crear posibilidades reales de vida para todos. [...] Se me hace evidente la necesidad de ir imaginando una nueva sociedad en la que se planteen alternativas al sistema neoliberal vigente. Lo que es capaz de generar este sistema ya es bien conocido. Para una exigencia de justicia hay que imaginar nuevos planteamientos (p. 113).

La construcción de una sociedad diferente aparece, pues, como un compromiso moral inevitable:

Una nueva estructura social, un nuevo paradigma, que permita la vida para todos, o al menos que la favorezca tanto como sea posible; que no tienda a la exclusión de personas sino todo lo contrario: que tienda a crear dinamis-mos de inclusión (p. 54).

Pero el mal, nacido de una desorientación primera, se constata de tal modo omnipresente que hace dudar de la posibilidad de un cambio.

Es ineludible la pregunta sobre la posibilidad real de generar una comunidad, «Pueblo de Dios», capaz de integrar al extranjero, al que es «diferente», al «marginado». [...] Desde la dinámi-

ca del Primer Mundo, parece que es impensable, en el momento presente, el planteamiento del Deuteronomio: que los del «mundo normalizado» se acerquen e integren a los excluidos. Los marginados no resisten el ritmo del Primer Mundo y éste no querrá aflojar su paso para reencontrarse con quienes han quedado excluidos (p. 129).

La sociedad desarrollada, industrializada y urbanizada es juzgada desde la existencia de la exclusión, que la condena. La existencia de los excluidos, expulsados de la sociedad sin esperanza de reintegración, es el síntoma extremo de una enfermedad social, del fracaso moral de una manera de hacer. La lectura de Pañella hace pensar en el «mundo» de Juan, un mundo estructurado por el mal y que destruye a las personas que viven en él. Un mundo que no es según la lógica de Dios. La sociedad, tal como es hoy, es vista como fruto de la opción equivocada, marcada por el deseo de dominio sobre las cosas y las personas, en vez del deseo fraterno de igualdad.

2.3. El mal que afecta al excluido y al excluyente

El mal afecta a todas las personas, no sólo a los excluidos, aunque en ellos las señales del mal son más evidentes y las consecuencias, más crudas y destructivas. La inhumanidad de este mal deshumaniza a las personas, deformando su naturaleza hecha para la relación.

Cuando la persona queda atrapada en el orgullo y la autosuficiencia, cierra

el paso al don de Dios. El vivir de Dios no puede penetrar en quien ya va lleno, en quien pretende realizar su vida o por el camino del «yo» sin dar cabida al «tú» o por el camino de la posesión de la riqueza. Éste es el obstáculo de la «fuerza humana».

Pero también existe el obstáculo desde la «debilidad», aquello que podríamos llamar el «obstáculo pasivo»: la marginación y la exclusión de la persona. El marginado y excluido experimenta la infravaloración de su vida: a ojos de los demás y, a la larga, también a sus propios ojos. [...] Vive encallado en el menosprecio y en el olvido de los demás, en el sin-sentido de su vida, en la ausencia de esperanza. [...] Sólo una mirada cálida, una palabra de amor, podrá derribar la muralla, le podrá hacer saber que el don de Dios también es para él (p. 24).

Éste es un punto muy significativo del pensamiento de J. M. Pañella. El mal afecta a víctimas y a victimarios, por diferentes motivos y de diferente forma, pero igualmente los deshumaniza, moviéndolos en una dirección que los aleja de la vida, aunque en sentidos contrarios. Esta forma de percibir el mal hace que el dolor compasivo por el sufrimiento de las víctimas no conduzca al odio sino sólo a una mirada diferente, que Pañella también encuentra en Jesús.

Me parece entender que este posicionamiento de Jesús [al lado de las víctimas] es vivido con un doble corazón: con misericordia, conmoción interna, respecto a las víctimas y los verdugos, y con una denuncia clara, atrevida, del mal y de quienes lo hacen (p. 17).

La acción de Jesús, prototipo ejemplar, va directamente a combatir la destrucción producida en las personas excluidas.

La comunidad de discípulos llega a la afirmación y confesión «Jesús, hijo de Dios», porque descubre y experimenta que el Dios de la salvación está salvando en Jesús. [...] La fuerza de los milagros [narrados en los evangelios] se encuentra en mostrar el poder divino que tiene Jesús y que tenemos nosotros: «el que cree en mí hará también las obras que yo hago; y hará otras todavía más grandes...» (Jn 14,12). Este poder no lo tiene sólo, o principalmente, o específicamente, para curar enfermedades. Jesús no vino a hacer de «brujo sanador». Su fuerza sanadora se dirige, sobre todo, a quitar el pecado, a hacer que el hombre deje, en el futuro, de ser pecador. Jesús perdona abriendo camino hacia el futuro: «Tampoco yo te condeno. Vete y no vuelvas a pecar» (Jn 8,11), (p. 31).

Y esto enlaza una vez más con la lógica de Dios, que actúa de una forma diferente ante la injusticia: de una forma que es justa pero que no renuncia al perdón, y nunca se desvincula de la misericordia fundamental.

¡[Dios] no viene para condenar, sino para salvar! No le interesa encontrar culpables, para hacerles pagar la fechoría. Lo que quiere es que todos, víctimas y verdugos, vivan de manera nueva. ¿Qué gana con castigar culpables, si a Él lo que le importa es que la gente viva y que viva abundantemente? (p. 20).

La misericordia es un rasgo básico de la acción de Dios, es como lo irrenunciable que siempre está presente, el fundamento de su lógica. Por este motivo, se puede decir que es la orientación original, la alternativa fundamental a la lógica del mercado, que se fundamenta en el deseo de dominio y de superioridad. La orientación alternativa parte de la pobreza ineludible de la vida humana.

A todos nos toca descubrir esta pobreza [inherente a la existencia humana] como estilo a conseguir. A unos les tocará abandonar el afán de apropiación, de prepotencia, de rapiña, de pretender ser a base de tener... A otros les tocará crecer en confianza en los demás y en sí mismos. Creer que para él también existe un destino de vida que es posible por la libertad y el amor. Que el estilo a imitar no es la prepotencia y la pretendida grandeza de los poderosos. La grandeza que hace ser persona, la que le da dignidad, es ser amada y amar. La persona es porque es amada y porque, hecha para amar, ama (p. 163).

La actitud ante la pobreza radical puede ser de confianza o de huida mediante el dominio y el poder. Por esta razón, el reto radical de la persona humana tiene que ver con esta pobreza, y la respuesta a esta realidad marca el camino de las personas y de la misma sociedad.

Es muy evidente que, si lo miramos bien, todos, marginados y no-marginados, sólo tenemos una gran cuestión a resolver, la misma gran cuestión: qué hacemos de nuestra vida y de la de los demás. Todos, juntos, somos protago-

nistas en el descubrimiento del camino para la humanidad (p. 119).

Así, la contraposición entre la lógica de Dios y la lógica del mercado es el efecto de la decisión sobre cómo vivir la vida: fraternidad o competencia. Si la persona es «nudo de relaciones», es esencialmente necesidad de los demás. Ser persona comporta una pobreza radical porque no se puede llevar a cabo por ella misma, sin los demás. Y dado que la igualdad es una condición necesaria para la relación humana, la persona no se puede realizar dominada por una visión que persigue estar por encima de los demás. Aquí radica el error fundamental, la desorientación primera que afecta a toda la sociedad y que se hace patente en el sufrimiento inhumano de los excluidos. A su vez, es precisamente la no aceptación de la pobreza propia de la persona (la necesidad de los demás), lo que hace que nos dejemos llevar por el deseo de poseer y dominar, pensando que la inseguridad radical podrá ser superada por estos medios, sin ver que la verdadera seguridad de la persona se encuentra precisamente en la igualdad y la fraternidad. De aquí la necesidad de una «austeridad solidaria», es decir, de someter los bienes y las capacidades humanas a un proyecto fraterno, en el que la solidaridad y la igualdad sean los valores superiores. Porque éste es el camino saludable, la lógica de Dios, en el que la persona puede llegar a ser verdaderamente persona con los demás.

Junto con la austeridad solidaria, Pañella considera que la acción en favor de una sociedad alternativa tiene que pasar por una acción no-violenta.

Ante la fuerza y la magnitud de la injusticia y del alcance mundial de la exclusión, será necesario que los hechos de la «no-violencia-activa» sean conocidos y solidarizados, también, a nivel mundial (p. 161).

Se trata de una forma de actuar con una efectividad propia, que desvela el fondo impresentable de la lógica del mercado. Como estrategia, va dirigida directamente a desenmascarar la desorientación original en que radica el mal.

La violencia del «poderoso» no soporta ser puesta a la luz pública: su fuerza radica en la apariencia de legalidad, su crédito radica en ser vista como un afán por el bien común. La «no-violencia activa» hace aparecer las verdaderas razones y los métodos injustificables (p. 161).

Por otro lado, la no-violencia es compatible con la misericordia de la que hemos hablado antes. Se enfrenta al mal, intentando derrotar al opresor dejándolo desarmado ante la verdad, para que tenga que cambiar.

Cuando Jesús le dice al soldado que lo ha abofeteado «¿Por qué me pegas?» (Jn 18,23), de hecho le está diciendo: «¡no te rebajes a ser servil!». Jesús, en su pregunta al soldado, está mostrando su solidaridad, su preocupación activa por la pequeñez del otro. En Jesús, la persona se encuentra por encima de

la naturaleza agredida y por esto es capaz de perdón. La palabra dirigida al soldado es a la vez oferta de perdón y oferta de camino de crecimiento. El efecto sociológico del perdón es la transformación del ofensor. La actitud no-violenta defiende al «oprimido», intentando detener la violencia del agresor prepotente. Y defiende al «opresor», abriéndole los caminos de la reflexión y del cambio (p. 160).

La mirada sobre el mundo y sobre las personas se escapa de los caminos habituales, sean de indiferencia, sean de resignación, sean de maniqueísmo social. El análisis de Pañella es propiamente espiritual. Lo mira todo bajo la luz de la «lógica de Dios»: la persona en su interior (actitudes y deseos) y en continuidad con su exterior (la estructura social). El bien y el mal que pasan por la opción de los individuos, y que se difunden hacia dentro y hacia fuera de ellos mismos. No excluye las razones del análisis científico (en diversos pasajes se lamenta de que le falten estas herramientas) pero su juicio no queda en suspenso sino que se remite directamente a las razones «de fondo» de las cosas. Este tipo de audacia sencilla confiere a su pensamiento una profundidad y un despojo de cualquier parafernalia. Esto, junto con la coherencia de su vida, son rasgos específicamente proféticos.

3. UNA FUENTE MÍSTICA

En el capítulo anterior hemos comentado la coherencia y a la vez la sencillez de la visión con que Pañella analiza el mundo que le rodea y con el cual se siente comprometido. La profundidad de su pensamiento queda acentuada por esta simplicidad. Pero este rasgo no es simplemente una cuestión retórica, sino que más bien parece el efecto de una poderosa atracción, una fuerza que lo atrae hacia un centro, hacia un punto de referencia absoluto, hacia una fuente desde donde todo nace. Al igual que las torrenteras marcan inequívocamente la dirección hacia la cima, el pensamiento de Pañella está marcado por surcos que indican una fuente única.

3.1. La misericordia de Dios como fundamento

El criterio final siempre es la misericordia, como rasgo característico de Dios. La lógica de Dios, como hemos visto antes, nunca prescinde de la misericordia, sino que ésta es un rasgo básico de su acción.

La misericordia es central en el evangelio. [...] Jesús es la misericordia de Dios en persona, la realización de la soberanía de Dios. Éste es el amor «típico», propio, característico de Dios: el amor que se inclina, generosa y humildemente, sobre el débil, hasta tocar

su miseria y alzarla. El amor que se acerca, se hace solidario. Este «hacer» misericordioso de Jesús, esta praxis de misericordia, como realización terrenal e histórica del «hacer» de Dios (=¡Dios es así!) es la presencia del Reinado de Dios en nuestra historia terrenal (p. 27).

La misericordia es también el motor de la historia de salvación, provocada por el sufrimiento de los seres humanos. Y la misericordia no es sólo un rasgo pasivo, la capacidad infinita de aceptación y de acogida, sino que es un dinamismo generador.

Dios no es impasible ante el dolor humano. Sufre por quienes sufren. O mejor dicho: sufre en y con los que sufren. Sufrir es sufrir limitación de vida. Dios ama abundantemente, porque Él es así de desbordado, la vida plena para todos. Sufre donde hay limitación (los gemidos inenarrables del Espíritu). Dios dándose, es la Vida encajada, metida, en la limitación humana. Dios «sufre en quienes sufren», se ha hecho humanidad, se ha hecho solidario (una sola cosa) con la humanidad para divinizarla con su don. Una «solidaridad» que es cargar, en Él mismo, el pecado, la no-humanidad, la situación inhumana del otro: su problema, su situación (p. 27).

La solidaridad insobornable es el efecto del desbordamiento sobreabundante que es la manera de ser de Dios, con la comunicación como nombre y la generosidad como apellido. Dios entendido como entrega y comunicación de vida, que es comunicación de él mismo.

3.2. La primacía de la acción de Dios

Josep M. Pañella habla de la acción transformadora, revolucionaria, no-violenta y austera que se orienta a transformar la sociedad desde la desorientación original en que se fundamenta la lógica del mercado. Esta acción supone una solidaridad con la acción redentora de Dios.

Es decir, que cuando se hace la opción por los pobres no se trata de una opción humana, sino que lo que entra en juego, lo que se quiere poner en práctica, es la opción de Dios (p. 23).

Para Pañella, esta acción ha sido realizada de forma ejemplar en la vida de Jesús.

Cuando Jesús nos habla, cuando anuncia la Buena Noticia, lo que desea es hacernos conocer «el acontecimiento» de Dios en Él. Jesús quiere explicarnos qué pasa en Él. Por esto podemos decir que Él mismo es la Buena Noticia. Jesús quiere despertarnos para que descubramos y dejemos hacer al actuar de Dios en nosotros. Jesús muestra, por sus hechos y sus palabras, cómo es el actuar de Dios en la humanidad, el actuar de Dios saliendo de Él mismo y comunicándose, dándose. Jesús anuncia el hacer de Dios («evangelio») que no es otra cosa que lo que Él mismo vive. Pero resulta que este hacer de Dios es único, no es diverso en el caso de Jesús y en el nuestro. Siempre y en todas las personas es lo mismo: llevar la humanidad a la filiación (p. 25).

Jesús es el prototipo de la acción de Dios. Y es también el prototipo del ser humano. Así, la humanidad del ser humano se lleva a cabo por la acción de Dios en cada persona.

Jesús no es «un tipo fuera de serie», sino el «tipo» de la serie humana. Jesús es el hombre que no puso la más mínima resistencia a la acción de Dios, al crecimiento de la divinidad, de la vida divina, en él. [...] En Jesús se realiza la forma de vivir la vida humana según Dios «entiende y vive» la vida. Ante nuestros ojos, a nuestro alcance, Jesús vive la vida humana como comunicación plena del vivir de Dios. [...] ésta es la Buena Noticia: mostrarnos dónde lleva, a qué vida conduce el

Espíritu cuando dejamos que actúe en nosotros (p. 24).

De esta manera, la humanización de la persona humana es a la vez un proceso de divinización, término que Pañella no utiliza, ya que su lenguaje es siempre austero y alejado de la abstracción.

[la Revelación hace] que el oyente se ponga en condiciones de escuchar, de descubrir y de abrirse también él (el oyente, como Jesús) al «acontecimiento» de Dios. Y que Dios pueda hacer, pueda darse, al máximo de lo que la persona humana le deje hacer. Ésta es la grandeza de la libertad humana: el sí o el no al hacer de Dios en nosotros. [...] [La narración de las parábolas de Jesús] Sirve para «re-velar» lo que acontece en Jesús mismo. Nos quiere hacer descubrir qué es. «Saca el velo» y nos dice que lo mismo puede «acontecer» en nosotros si dejamos que Dios actúe en nosotros, del mismo modo que actúa en Él (Jesús): en total plenitud, porque Jesús no opone ninguna resistencia. Desde este planteamiento, la ética cristiana es la coherencia entre el hacer humano y el hacer de Dios. Si estoy habitado por Dios puedo, conviene y es coherente, que yo me comporte como Dios mismo, «a la manera de Dios», «Dios-mente». Desde esta comprensión, las bienaventuranzas tienen sentido, son inteligibles y pueden ser vividas (p. 26).

La acción de Dios es a la vez humanizadora y redentora. Justicia y humanización se identifican en un mismo movimiento, el mismo desde el punto de vista de Dios que desde el punto de vista del hombre, que también tiene que

asumir su responsabilidad creadora y redentora.

La justicia, la justicia de Dios, es el proceder de Dios creando al ser humano en una creación continua. Y cuando Dios crea, mueve (las «mociones» de san Ignacio). Nuestra justicia no ha de ser diferente. A menudo nos preguntamos: si Dios estuviese aquí, ¿qué haría? [...] La pregunta adecuada sería ésta: si yo fuese Dios, ¿qué haría? ¿...qué descubriría? Si yo me dejo llevar, tanto como pueda, por el vivir de Dios, ¿qué tengo que hacer en este caso concreto, en esta situación, ahora y aquí? (p. 26).

Como consecuencia, la fe y la vida espiritual se simplifican, unificando el camino de humanización y de divinización, la lucha por la justicia y la transcendencia.

La fe en Jesús radica en acoger, en hacer propia esta vida [de Dios]. Abrirnos a que nos sea dado el Espíritu de Jesús. La vida cristiana tiene esta dinámica: del pecado, de la tendencia a recoger y retener, a pasar a «ser hijos», a comunicar, a dar vida tal y como hace Dios mismo. A ser «transcendentes» como Él mismo. La vida de Dios es salir «hacia fuera», en dirección a nosotros. Ésta es la «transcendencia»: que Dios sale hacia nosotros, no que nosotros podamos salir hacia Dios. Nosotros sólo podemos «transcender», sólo podemos «salir», hacia los demás. Todo humano es cristiano, aunque no lo sepa: tiene dentro la vida de Dios y está destinado a ser como Jesús: es la «cristificación». Es decir, ser humano que se deja llevar totalmente por la vida de

Dios. Toda experiencia verdadera de Dios impulsa a salir de sí mismo en favor del otro. Darnos a los demás porque «experimentamos» que lo que «somos y tenemos» es el don de Dios mismo, que es «donación» (p. 25).

Esta tarea no es a la medida del hombre, no está en su mano. La creación siempre es obra de Dios.

El camino de la salvación no consiste en lo que el hombre hace desde la propia fuerza, desde el cumplimiento de la Ley y de la ofrenda de sacrificios. Jesús niega validez a este camino, a esta «religión». Jesús invita al hombre a dejar de estar encerrado en sí mismo, a dejar la pretensión de valer por sí mismo, por la propia fuerza. En definitiva: invita a dejar el camino de la autosuficiencia y a abrirnos a Dios para poder recibir y vivir la vida de Dios mismo. Obedecer a Dios no es «cumplir sus mandamientos», sino dejarle espacio en nuestra vida para que sea Él quien vive en nosotros. Pide reconocer nuestra pequeñez, para que Él pueda «hacer en nosotros obras prodigiosas», tal y como canta María en el Magnificat (p. 31).

La creación y la redención siempre son obra de Dios. La mirada mística es precisamente aquella que sabe ver la acción de Dios como origen de la vida verdaderamente humana, de aquello que el ser humano tiene precisamente de humano.

Dios crea al ser humano «siendo» en él fuente de vida divina. Ésta es la verdad más profunda de la encarnación, que acontece totalmente en Jesús y

que también se lleva a cabo en toda persona humana. El hombre «está medido» en la Trinidad: nosotros somos encarnación de «hijo de Dios», como en el caso de Jesús (p. 31).

Y entramos así en el núcleo místico en el que confluyen (o, más bien dicho, del cual nacen) todas las líneas de pensamiento que hemos ido describiendo anteriormente.

Dios no crea al hombre de la «nada», sino a partir de una materia finita, contingente que, por ella misma, tiene una fuerte tendencia a la autosuficiencia. Dios crea por «habitación de Él mismo». Cuando la materia y la evolución llegaron a la perfección de la conciencia, creó el ser consciente, «habitando en él». Pero el hombre siempre tiene tendencia a la finitud, a «agarrarse» a lo que cree que es su posesión y riqueza. El esfuerzo creador (salvador) de Dios está en llenarnos (desplegar totalmente) de divinidad. La dinámica de la vida humana, vivirla según Dios, es que el hombre se abra a la realidad divina, porque esta realidad no se dejó arrastrar por ella. Jesús nunca contradijo la voluntad de Dios, el querer, el afán de Dios: llenar la vida humana de Él mismo. Éste es el contenido de nuestra afirmación: Jesús no tenía pecado (p. 32).

Todos los grandes temas están aquí: el fondo divino de la persona humana, la tensión entre la finitud y el ansia de dominio, la conversión como dejar paso a la dinámica divina con su lógica de fraternidad. La acción incansable de J. M. Pañella en favor de los excluidos no es una acción cualquiera, sino que está

definida por unos rasgos que nacen de manera fluida desde una mirada de fe sobre cómo Dios es y cómo el hombre es.

El lenguaje de Pañella parece resistirse a hacer grandes enunciados, y a servirse de grandes palabras y conceptos, pero su pensamiento y su espíritu no quedan disimulados bajo sus sencillos ropajes. Y, llegados a este punto, que parece ser la fuente de su pensamiento, la idea de autodonación parece ser el corazón del corazón, aquello que de algún modo iguala a Dios y al hombre, y que finalmente se resume en el amor.

Lo que nos salva es la donación, la entrega de aquello que somos y tenemos, de la realidad divina que se encuentra en nosotros: «si un grano de trigo no cae en la tierra y muere, seguirá siendo un solo grano; pero si muere, dará fruto abundante» (Jn, 12, 24). Nos salvamos ofreciéndola a los demás, tal y como hace Dios mismo. «Salvarse» es entrar en el hacer, en el vivir de Dios. «Dejando entrar a Dios» yo quedo salvado. «Dándome» a los demás, les hago llegar el vivir de Dios que es donación, les hago llegar la salvación. Nos salvamos (=entramos en la esfera divina a la que estamos destinados) cuando nos damos a los demás, tal y como hace Dios mismo. Nos salvamos salvando. Nos salvamos dándonos, dando la vida que hay en nosotros. Darla, es vivir la vida de Dios.

Dios habita en todo ser humano y lo convierte en palabra y acción salvadora para los demás. ¿Cómo? Haciendo yo comunión con el otro. Mi donación no la puedo hacer a Dios. Yo no puedo saltar hacia Dios, pero sí hacia el

otro y así hacer con el otro lo que Dios hace conmigo. Yo soy la solidaridad de Dios con el otro. Y, ¿cómo salvo al otro? ¡Dándome! El Espíritu de Dios se da (lo damos) envuelto en el «servicio», revestido de servicio.

El amor al otro (=«tú, para mí, eres alguien importante») lo salva. El amor de Dios está en mí, cuando yo «noto» que amo. Dios se sirve de mí para amar Él al otro; y lo sé cuando me rompo, cuando vierto mi vida dándome. Los demás no son para mí «rostro de Dios», yo no tengo que buscar en ellos el rostro de Dios. Lo que tengo que buscar es ser yo «rostro de Dios» para el otro (p. 33).

La persona adherida a la lógica de Dios, que deja entrar el amor y la vida de Dios en la propia vida, se hace así comunicador de vida. La vida no es propia, sino recibida, pero se puede comunicar a los demás verdaderamente, directamente. La persona se convierte en instrumento y canal de la divinidad.

Se trata de una espiritualidad, por si no hubiese quedado ya suficientemente claro, totalmente extro-vertida, como lo fue la vida de Pañella: volcada al servicio de los demás y sin permitirse el lujo de un tiempo «para él mismo». Una espiritualidad de servicio, pero de un servicio amoroso, entregado y confiado. Como testimonio insobornable, la muerte es vista e iluminada desde esta perspectiva.

Nuestro morir, máxima expresión del vivir –en que entregamos aquello que somos–, nos habla de un darnos totalmente, de abandonarnos totalmente en los brazos de Otro, que recoge nuestra

vida, en un gesto que es máxima delicadeza y acogida. Por nuestra parte es máxima donación y abandono en el amor del Otro. [...] Desde aquí entiendo que vivir es entregarse por la convicción profunda, la confianza y la fe: lo hacemos en unas manos que nos quieren, ante unos ojos que nos miran con amor total.

Morir se convierte en un momento supremo de amor, desde la aceptación de nuestra pobreza: somos porque nos aman. De verdad no podemos llevar adelante nuestra vida si no hay unas manos amorosas que la acogen. Somos tan pobres que no somos si no nos aman. Somos tan grandes que somos dignos de ser amados. Pobreza y grandeza de la vida humana (p. 124).

La pobreza total del momento de la muerte nos lleva a nuestra verdad última de pobreza, de criatura que ha sido invitada a la existencia y que al final ha de remitirlo todo a aquél en cuyas manos existe. La entrega confiada en estas manos es el movimiento básico al que somos llamados y que nos hace auténticos seres humanos e hijos.

3.3. Palabras sobre la Iglesia

Finalmente, unas palabras sobre la Iglesia, que Pañella mira desde su compromiso con el dolor de los excluidos, y a la luz de una espiritualidad en la cual, como hemos visto, se unifican humanidad y divinidad, amor de Dios y servicio a los demás, misericordia y justicia.

La primera palabra es sobre la acción pastoral de la Iglesia, y no sobre sus formas, sino sobre su orientación de fondo.

Por honestidad humana, frente a la humanidad sufriente, no es plausible una pastoral que sólo pretenda la sensibilización «caritativa» de las élites acomodadas. Esto sólo permite «mal-vivir» en la subsistencia, en la resistencia de todo ser vivo a morir. Tampoco es plausible desde la óptica de los estados que pretenden hacer «justicia» social, arbitrar ayudas (subvenciones) para una pretendida reinserción y que son ayudas que no llegan ni al teórico «salario mínimo». Hay que ir mucho más allá: hay que buscar una transformación de los esquemas de vida de la humanidad, un cambio de dirección de las fuerzas de vida de las cuales dispone nuestra humanidad. Lo que está en juego es la vida de millones de personas. [...] Hay que reforzar y dar nuevo contenido a «la opción por los pobres», que hoy tiene que ser opción por los excluidos (p. 36).

La vida interna de la Iglesia tiene que estar marcada por este compromiso. La Eucaristía, «fuente y culmen de la vida cristiana» según el Vaticano II, tiene que significar la realidad última de la donación, verdad radical de Dios y verdad radical del ser humano.

La Eucaristía sólo es comprensible desde el anuncio que Jesús está haciendo. Es decir, de lo que acontece en Él: la comunión de Dios en Él, que lo conduce a hacer comunión con los hombres. Cuando Dios se comunica, da y comunica... lo que Él es: comunión, el espíritu de comunión. La persona humana, que se deja llenar de Dios, no puede hacer a su vez otra cosa que vivir lo mismo que Dios vive:

comuni3n. Y no puede hacer comuni3n m3s que con los otros seres humanos.

Por esto la expresi3n eucarística habla de un pan PARTIDO Y ENTREGADO y de una sangre DERRAMADA: partido, derramado, entregado a los dem3s... Si el «comulgar con Jes3s» no se traduce, no provoca en nosotros una vida partida, derramada, entregada... a los que tenemos a mano, a los dem3s (a los que est3n con nosotros en este mundo, cerca o lejos –y si est3n lejos, haci3ndolos cercanos–), nuestra comuni3n, nuestra eucaristía, esta vacía, es falsa, no tiene contenido, es un engaño (p. 28).

Como consecuencia l3gica de este punto de partida:

La comuni3n no es para s3 misma, sino para los de fuera. Por esta raz3n el cristianismo no es una religi3n: toda religi3n es instituci3n, pone fronteras, l3mites... para mantenerse. En cambio, ser cristiano es trabajar el intento de Dios: edificar personas, «hijos de Dios», tal y como Dios ama al ser humano, tal y como Dios lo ha pensado. [...] Este «trabajo» no es posible si no es en base a una comuni3n de hermanos iguales, que precisamente lo que intenta es superar –suprimir– los l3mites, las diferencias. Acoger, «incluir» al otro, lo que no es «yo y mi grupo». Hacer el «nos-otros» «nosotros + los otros» (p. 28).

Alejados de toda «militancia» y de todo inter3s sectario, los cristianos est3n llamados a realizar la l3gica de Dios en el mundo.

Jes3s no form3 una comuni3n para tener a los futuros l3deres de su obra o instituci3n, sino para que surgiese «una comuni3n de seres humanos» solidarios, testigos del Reino de Dios, del Dios que es y hace solidaridad. Una comuni3n que imitara a Dios, que es solidario con el hombre, que fuese solidaria con aquellos con los que lo puede ser: los otros seres humanos y, principalmente, los m3s necesitados del «amor que hace ser». Ante un mundo que, por in-solidaridad, es violento e injusto, mostrar la posibilidad y la alternativa: el Reinado de la solidaridad, del «coraz3n solidario», del coraz3n de Dios (p. 27).

La misi3n no es, pues, primariamente, una militancia o un combate ideol3gico o pol3tico. Se trata, primariamente, de un testimonio no hecho con palabras sino con la transparencia de la propia vida. Pero no se trata de un testimonio ejemplar, como un paradigma a ser admirado o imitado, ni tampoco se trata propiamente del testimonio dado por el cristiano, sino del testimonio dado por Dios mismo. Lo que se pide no es sino la transparencia a la acci3n de Dios, de modo que sea Él mismo quien pueda llegar al mundo y dar su vida (aquella que s3lo Él puede dar) a trav3s del creyente.

Comuni3n de personas que sean solidarias y, en concreto, con los m3s fr3giles. As3, dar testimonio no es dar buen ejemplo, sino dejar que se manifieste, velar para que aparezca la divinidad que trabaja en nosotros (p. 28).

4. CONCLUSIÓN

Habiendo leído este breve resumen de lo que Pañella tal vez nos querría decir, cada uno puede sacar sus propias conclusiones. Para mí, en este itinerario con los excluidos, hay una triple revelación: sobre Dios, sobre el ser humano y sobre el mundo. Intentaré explicarlo brevemente, en forma de tres afirmaciones.

4.1. El hombre entre la pobreza y la codicia

Es necesario darse cuenta de que todas las personas somos frágiles y necesitadas. La existencia humana es siempre dependiente, somos seres necesitados. Tenemos, sin embargo, la pretensión de perdurar y hasta de «brillar». Por eso nuestra pobreza nos resulta frustrante y nos da miedo, y nos esforzamos en poner distancia respecto a ella, ocultándola y cubriéndola de pretendidas seguridades. Todos somos monas vestidas de seda. La realidad de la exclusión nos recuerda nuestra verdadera naturaleza, totalmente dependiente de los demás; nos recuerda que, sin nuestros «vestidos de seda», tal vez seríamos pobres criaturas no tan brillantes como soñamos.

Lo que Pañella nos dice es que el verdadero camino comienza por asumir que «somos hermanos» de los excluidos, somos de la misma pasta: que aquél que vemos postrado en el margen es lo que somos nosotros si nos falla el tejido de relaciones gracias al cual vivimos. Por lo tanto, la verdadera riqueza es la comunidad de iguales. Son las relaciones que nos conectan con los demás lo que nos sostiene en pie. Y de entre estas relaciones, son aquellas basadas en la igualdad y la solidaridad las que nos construyen. Dependemos de la buena voluntad de los otros: esto que es una realidad patente durante nuestra infancia y nuestra vejez, forma parte de nuestra condición humana. La edad adulta es la edad de una cierta autonomía (nunca

total independencia) que nos permite servir a nuestras propias debilidades y a las de los demás para mantener la vida. Pero la pobreza nunca es eliminada. Por eso, la riqueza entendida como ausencia total de pobreza no es más que una ilusión narcisista. La codicia es el efecto de este espejismo que nos hace desear estar «por encima» de los otros. Pero la pobreza no se supera mediante la posesión o el poder, sino mediante la solidaridad y las relaciones de amor mutuo: «el que no ama a su hermano, está a oscuras y camina a oscuras, sin saber a dónde va, porque las tinieblas le han cegado» (1Jn 2, 11). Así, plantearse la vida queriendo eliminar la propia pobreza («caiga quien caiga») en lugar de compartirla es equivocarse desde el mismo inicio.

La verdad de nuestra pobreza y dependencia de la buena voluntad de los demás, así como la vanidad de la riqueza material, ha de ser una convicción profunda y axiomática en la vida espiritual. Vivimos necesariamente con los demás, y nuestra vida no puede ser plena sino en una comunidad de hermanos pobres. Pañella lo llama «austeridad solidaria». Este es, pues, el único medio en el que podemos vivir plenamente, y ésta es necesariamente la única utopía posible. Así puede entenderse aquello de «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos».

4.2. El mal del mundo es el retrato de nuestra propia obcecación

Está claro: el mundo humano es la objetivación de aquello que hay dentro del hombre. El hecho de que los débiles

sean excluidos no es más que la objetivación de nuestro rechazo a nuestra propia pobreza. Y la suerte de los más débiles es la señal del grado de salud de una sociedad. Nuestro pecado, nuestra ceguera fundamental y la vida extraviada (desorientada) que llevamos, han construido una sociedad que dificulta el crecimiento de la solidaridad, y que crea exclusión. Nuestro pecado queda así estructurado, reproduciéndose. Nuestra conversión personal es imprescindible pero no suficiente. También es necesaria una transformación social. De hecho, así como el pecado nace dentro de la persona, pero queda objetivado en la sociedad y desde esta objetivación tiende a perdurar en el tiempo, del mismo modo el bien nace de las personas y ha de ser traspuesto socialmente para que tienda a reproducirse en cada generación. Así, cualquier paso adelante en la conversión personal acaba influyendo en la transformación social, y cualquier progreso social favorece la mejora de las personas.

El trabajo por un mundo más justo es, pues, una dimensión de la vida espiritual. Y precisamente porque forma parte de ella, debe realizarse bajo los mismos parámetros espirituales y debe tener una misma fuente y un mismo objetivo que la espiritualidad entendida como tarea personal. Por ello, más que una lucha contra el opresor, se trata de deshacer las barreras que separan con el fin de poner en comunicación excluido y excluyente. Poner en jaque las seguridades de los «ricos» de manera que entren en contacto con la pobreza que los otros sufren y así enfrentarlos a su propia impotencia, y hacer participar a los

excluidos para que se fortalezcan y puedan expresar su riqueza. Acercar los extremos sociales para que pueda haber comunicación y, desde aquí, vinculación e igualdad.

4.3. Dios puede actuar en nosotros y a través de nosotros

Dios es un misterio, y poco podemos decir de Él. Pero creemos que su Espíritu habita en la profundidad de nosotros mismos. Y si esto es así, solamente podemos decir de Él que es nuestra realidad más honda. Este pobre que yo soy, es un lugar donde Dios puede manifestarse. Su manifestación es el amor que tiende a crear un mundo de relaciones fraternas, esta comunidad utópica en la que la vida humana llega a su plenitud. La vida espiritual consiste, en primer lugar, en quitar de en medio todo lo que puede impedir o debilitar la vivencia de este amor dentro de nuestra propia persona; en segundo lugar, consiste en dejar que este amor se exprese por medio de las obras que le son propias. Liberar este amor y ejercitarlo podría ser un resumen de lo que llamamos vida espiritual: como quien dice «amar y servir».

La convicción de que este amor es la fuerza de Dios es otro eje de la vida espiritual. Porque la solidaridad se manifiesta con medios siempre débiles y

siempre está amenazada, fácilmente la fuerza más aparente de la riqueza y el poder pueden hacernos retroceder o intentar pactar. La fe y la esperanza se manifiestan en no dejarse apabullar por esta apariencia de poder y confiar en la fuerza del amor solidario. Así lo hicieron los israelitas que recordaban cómo habían podido escapar del poder del Faraón. Así lo hicieron también los primeros cristianos cuando se dieron cuenta de que el que había sido crucificado había sido exaltado y les había hecho llegar su Espíritu. La vida espiritual se apoya en la fe en que Dios quiere desplegarse dentro de nosotros y llevar a término su obra en nosotros y a través de nosotros, de manera que se manifieste, como dice Pañella, «la divinidad que trabaja en nosotros». Somos llamados a confiar cada vez más en la fuerza de la fraternidad que nace de lo más profundo de nosotros mismos.

* * *

El camino que hizo Pañella para acercarse a los excluidos, movido por la compasión, le llevó a interpretar la realidad de una forma determinada. Su mirada nos aporta una perspectiva privilegiada sobre nosotros mismos y sobre Dios.

«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) **Colección «Ayudar»**

65. T. GUARDANS. Cristina Kaufmann, a la búsqueda de lo esencial - 66. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (2) - 67. D. MOLLÀ. La espiritualidad ignaciana como ayuda ante la dificultad - 68. J. ROIG. El crecimiento espiritual - 69. L. YLLA - X. MELLONI - J. RAMBLA - D. OLLER. ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? - 70. P. TRIGO. Pedro Claver, esclavos de los esclavos - 71. J. GLÉNISSON. Una interpretación contemporánea de los Ejercicios de san Ignacio - 72. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (3) - 73. J. MENACHO. «Para que aparezca la divinidad que trabaja en nosotros»

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: www.cristianismeijusticia.net/eides

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídales a Cristianisme i Justícia.

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

www.cristianismeijusticia.net/eides